

BARAHONA PLAZA, Ángel
Universidad Francisco de Vitoria

@ a.barahona.prof@ufv.es

REYERO GARCÍA, David
Universidad Complutense de Madrid

@ reyero@edu.ucm.es

Marat y la escalada a los extremos

Marat and the escalation to extremes

La mañana del 21 de enero de 1793, recibida la comunión, el condenado, Luis Augusto de Borbón, llamado Luis Capeto por los revolucionarios y todavía rey de Francia y de Navarra para los monárquicos, llegó al lugar en el que se encontraba instalada la guillotina en la llamada Plaza de la Revolución. Al bajar de la carroza se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa de lino y se apartó el pañuelo del cuello. Un tal Edgeworth le ayudó a subir los empinados peldaños del cadalso y, alcanzado el palco, el verdugo Sansón le cortó la coleta y le ataron las manos. El tal Edgeworth le dijo que ese sería su «sacrificio final». Luis XVI logró apartarse del verdugo e hizo ademán de volverse hacia el pueblo de Francia pero fue detenido en el intento; llegó a exclamar: «¡Pueblo, muero inocente de los delitos de los que se me acusa! Perdono a los que me matan. ¡Que mi sangre no recaiga jamás sobre Francia!». El verdugo refirió más tarde en sus memorias que «[el rey] soportó todo eso con una compostura y una firmeza que asombró a todos los testigos de la ocasión. Los comentaristas aseguran que «sacó su fortaleza de los principios de la religión, de los que nadie parecía más convencido y afectado que él». Uno o dos minutos después de las diez y veinte, la cuchilla de la guillotina cayó sobre el cuello del rey, segando, lógicamente, su vida. Decapitado ya, un joven miembro de la Guardia Nacional recogió la ensangrentada cabeza y la mostró al pueblo paseándose por el cadalso. Se oyó un rugido que proclamaba: «¡Viva la República!». La mayoría de los presentes comenzó a entonar La Marsellesa, mientras algunos espectadores empezaron a bailar en círculo alrededor del cadalso. Otros se afanaban en recoger la sangre que se había filtrado a través de los maderos del cadalso; algunos la probaban. Un ayudante del verdugo subastó las prendas y el pelo del difunto Luis XVI. Los guardias, mientras tanto, colocaron el cadáver junto con la cabeza en un cesto de mimbre que trasladaron a un carro. Muchos de los presentes en la ejecución del rey empaparon trozos de tela en la sangre del monarca que convirtieron en reliquias. Lo que podría no haber sido sino un episodio más de la revolución se convirtió en un ritual sagrado que con-



trasta con el patético episodio de la muerte del que fue el firmante de su ejecución. Jean Paul Marat murió en su bañera, envuelto en paños de vinagre que aliviaban sus picores debidos a una enfermedad de la piel, asesinado de una puñalada por una girondina que vengaba así a sus amigos de partido, que habían sido ordenados guillotinar por el propio Marat. Jacques-Louis David pintó a los pocos meses el asesinato del líder ideológico de la revolución, por orden de Robespierre, con el propósito propagandístico de convertirlo en un mártir de la revolución, el cuadro de ese acontecimiento.

La gente lo conocía como «el amigo del pueblo», por el periódico que él creó que llevaba ese nombre. Sin embargo, era odio a la aristocracia a la que había servido como médico lo que le cegaba y le convirtió en un asesino despiadado que firmaba sentencias de muerte para sus enemigos con la misma facilidad que Lenin un siglo después.

Más que «amigo del pueblo» se convirtió en su verdugo más contumaz, hasta ganarse un nuevo nombre: «la ira del pueblo». Ya no indagaba en la búsqueda de conspiraciones, sino que elegía casi al azar, chivos expiatorios del Antiguo Régimen. Muchos de sus compañeros de revolución le temían por su arbitrariedad y estaban aterrorizados por su método, que hacía palidecer las leyendas de los inquisidores y gobernantes más sanguinarios. Los que él incluía en su lista ni siquiera eran juzgados. Decidía por puro resentimiento contra la aristocracia y el clero. Sus ideas se apoyaban en el escándalo que suponían las obvias injusticias y el hambre a la que el pueblo estaba sometido por los abusos de la monarquía.

Pero el dicho de que «el que a hierro mata a hierro muere» se convirtió en un presagio para él. Charlotte Corday vengó a sus amigos revolucionarios moderados federalistas. Pero la teoría mimética es tristemente predictiva. Una vez que se desata la ira esta crece de modo exponencial en su escalada a los extremos. Toda Francia estaba «contagiada miméticamente» por esta ira revolucionaria. En lugar de parar la escalada criminal, este acontecimiento la exacerbó. La guillotina se convirtió en una máquina incansable de matar, primero a los enemigos más notables y, luego, como decía Freud se volcó «narcisistamente sobre las pequeñas diferencias», guillotinando indiscriminadamente a cualquier opositor por correligionario que fuera el día anterior. Para responder a ese crimen, la Francia revolucionaria radical le convirtió en el mártir por excelencia, y hasta los que le odiaban, Robespierre a la cabeza, lo encumbraron como un ídolo digno de adoración. El cuadro de Jacques-Louis David estuvo presidiendo, hasta la caída en desgracia de su instigador, la Asamblea Nacional, como si fuera la reliquia de un santo. Se asimilaba así al rey que él mandó ejecutar junto con María Antonieta. Él, que había prometido al pueblo liberarlo del hambre al que lo sometían los nobles del Antiguo Régimen, tras su asesinato se convirtió en un mesías para los jacobinos y en un monstruo asesino para los moderados girondinos. La revolución necesitaba seguir buscando chivos expiatorios, y después de los nobles y el clero arremetió contra los que se sumaron a la revolución desde las buenas intenciones de acabar con las injusticias.

Según dicen las crónicas, Charlotte Corday pronunció el argumento clave justificador de toda violencia humana: «He matado a un hombre para salvar a cien mil», frase parecida a la que la víctima había utilizado para justificar sus crímenes. Ambos tendrían el mismo destino. Y los dos fueron mártires para sus seguidores, porque ella fue ajusticiada cuatro días después.

El encargo a Jacques-Louis David por parte de Robespierre del cuadro que consignase su muerte se convirtió en bandera de la propaganda jacobina inmediatamente. Hasta que

Robespierre fue guillotinado, en esta interminable escalada a los extremos que se pone en marcha cuando la mimesis interviene, el cuadro estuvo presidiendo la sala de reuniones del paradójicamente llamado «Comité de Salvación Pública». De 1793 a 1794 se desencadenó la locura desenfrenada de represalias y contrarrepresalias que asoló a Francia en el Terror.

Robespierre sustituyó lo sagrado religioso por lo sagrado laico al convertir a Marat en el mártir de la revolución y en el justificante de todas las demás acciones sagradas que reclamaban la sangre de chivos expiatorios elegidos cada vez más arbitrariamente.

El culto a la Razón y al Ser Supremo, en la mente de Marat, se convirtió en el programa de descristianización más contumaz que haya existido, exceptuando las persecuciones estalinistas y maoístas. Todo aquel que se negara a abandonar el credo cristiano tenía asegurada la guillotina.

El nuevo dogma de Robespierre comenzaría con la retirada de crucifijos en las iglesias y los lugares públicos, Fueron reemplazados en muchos casos con el busto de Marat. Las reliquias del rey y las de Marat competían por sustituir lo sagrado sacrificial que toda sociedad necesita cuando trata de inaugurar un nuevo orden. Pero en todos los casos es el regusto por la sangre, como creadora de un nuevo orden, lo que atraía a unos y otros.

